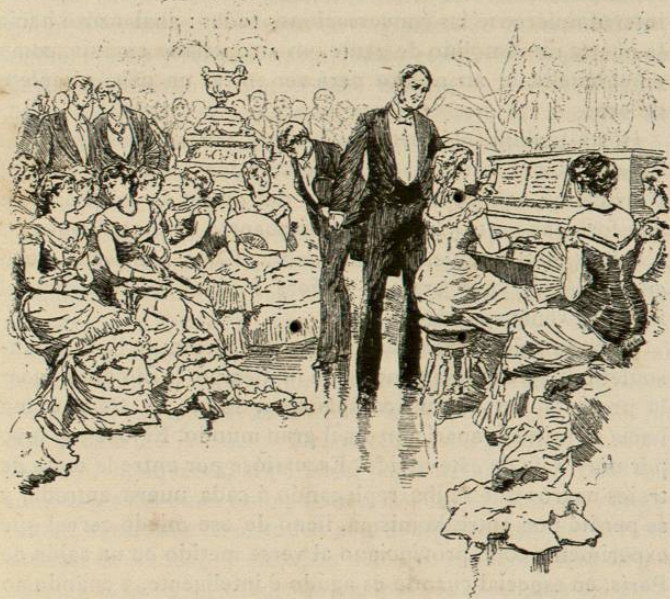


llos de correo, mensualidad del gas y otras menudencias. Esto es lo terrible.) Y luego se nos quiere hacer creer que hay un fulano, un hombre de negocio, como ese Nabab, bastante loco, aunque hubiese llegado del Congo ó acabado de caer de la luna, para enterrar su dinero en una sima como ésta... Vamos, vamos... Que no cabe en lo posible... Señor gobernador, esta no cuela.



IV.

UN ESTRENO EN EL GRAN MUNDO.

MR. Bernardo Jansoulet!...» Este nombre plebeyo, acentuado enfáticamente por el lacayo, lanzado con retumbante voz, resonó en los salones de Jenkins como un golpe de bombo, uno de esos gongs que en los teatritos de magia anuncian las apariciones fantásticas. Las arañas palidieron, apuntó en los ojos toda una especie de erupción de llama ante la perspectiva deslumbradora de los tesoros de Oriente, de los raudales de zequés y perlas que chorreaban de las mágicas sílabas de aquel nombre ayer desconocido.

Era él, el Nabab, el rico entre los ricos, la nueva comidilla parisiense, sazónada por esa salsa de aventuras que gusta tanto á las ahitas multitudes. Volviéronse todas las cabezas, interrumpiéronse las conversaciones todas: abalanzóse hacia la puerta un remolino de gente, un atropellado empuje, como en el muelle de un puerto para ver entrar un galeón repleto de oro.

Hasta Jenkins, el afectuoso Jenkins, tan sobre sí en todas ocasiones, que estaba en el primer salón para recibir á sus convidados, salióse bruscamente del grupo de caballeros de que formaba parte y se lanzó al encuentro de los galeones.

—Sois muy amable, amabilísimo... ¡Cuán satisfecha, cuán enorgullecida va á estar la señora Jenkins!... Hacedme el favor de venir conmigo.

Y con la priesa, en su vanidosa satisfacción, se llevó á Jan-soulet tan apresuradamente, que ni tiempo le dió para hacer la presentación de su acompañante, Pablo de Géry, quien hacía su primera aparición en el gran mundo. El joven se tuvo por muy feliz de este olvido. Escurrióse por entre la masa de trajes negros que se iba replegando á cada nueva entrada, y se perdió por entre la misma, lleno de ese miedo cervical que experimenta todo provinciano al verse metido en un salón de París, en especial cuando es agudo é inteligente, y cuando no lleva, como una cota de malla, debajo de su pechera de hilo, el aplomo imperturbable de los palurdos.

Vosotros todos, parisienses de París, que á la edad de diez y seis años, con vuestro primer traje negro y el clak en el muslo, comenzasteis á pasear vuestra adolescencia de salón en salón, vosotros no conocéis esa inquietud, amalgama de vanidad, de timidez, de recuerdos de románticas lecturas, que nos hace castañetear los dientes, que ata nuestros movimientos, que nos convierte durante una noche entera en una especie de entredós de puerta, en mueble para disimular huecos de ventana, que hace de nosotros un pobre sér errante y lastimoso incapaz de dar fe de vida de otra suerte que cambiando de sitio de vez en cuando, muriendo de sed por no acercarse al comedor, y yéndose sin haber abierto boca, á menos que haya balbuceado alguna de esas necedades impremeditadas que vuelven luégo á la boca durante meses enteros, y que de noche, cuando uno las recuerda, obligan á prorumpir en un

¡ah! de rabiosa vergüenza, y nos hacen dar vueltas insomnes por la cama.

Pablo de Géry sufría semejante martirio. En su tierra había vivido siempre muy retirado en compañía de una tía anciana, malhumorada y rezona, hasta que su condición de alumno de derecho, llamado á ejercer una carrera en la cual su padre dejara excelentes recuerdos, le había abierto las puertas de algunas tertulias de magistrados, vetustas viviendas melancólicas que ostentaban aún, ya deslustradas, sus viejas cornucopias, y á las cuales iba á jugar una partida de whist con unas cuantas sombras venerables. De modo, pues, que la velada de Jenkins era un estreno para aquel provinciano, quien, gracias á su misma ignorancia y á su ductilidad meridional, sintió nacer en sí desde el primer momento el espíritu observador.

Desde el sitio en que se había colocado, asistía de Géry al desfile curioso y no terminado aún á media noche, de los convidados de Jenkins, toda la clientela del médico en moda: la flor y nata de la buena sociedad, mucha política y mucho negocio, banqueros, diputados, algunos artistas, todas las sumidades del buen tono parisiense, descoloridos, ojos fulgurantes, saturados de arsénico como ratón goloso, pero insaciables de veneno y de vida. Abierto el salón, libre de sus puertas el vasto recibidor, dominábase la escalinata del palacio bordeada de flores, y, tendidas por sus peldaños, las rozagantes colas, cuyo sedoso peso parecía echar hacia atrás el escotado busto de las señoras puestas en ese gentil movimiento de ascensión que las hacía aparecer paulatinamente hasta destacar, traspuesta la postrera grada, en todo el esplendor de su gloria. Entonces las parejas parecía como que entrasen en escena, y tanto era así, cuanto que dejaba cada uno en la última grada los fruncimientos de cejas, las arrugas preocupadas, el aire aburrido, sus cóleras, sus tristezas, para mostrar un semblante satisfecho, una sonrisa que animaba el conjunto sereno de sus rasgos. Los hombres cambiaban unos cuantos apretones de mano leales, unas cuantas fraternales efusiones: las mujeres, sin fijarse en nada de lo que se les decía, preocupadas de sí mismas, caracoleando coquetuamente al rededor de sus ejes respectivos, y haciendo jugar con nerviosos dengues sus pupilas y sus espaldas, murmuraban algunas palabras de bienvenida.

—Gracias... ¡oh! gracias... cuán buena sois...

Luégo las parejas se separaban, porque las tertulias no son ya esas reuniones de talentos amables en las cuales la finura femenina obligaba á los caracteres, á las altas posiciones, al genio mismo de los hombres á rendir gracioso homenaje, sino hacinamientos inmensos en que las mujeres, sentadas aparte, gorjeando juntas como cautivas de harem, no gozan de otro placer que del placer de ser bellas ó de parecerlo. De Géry, después de haber andando errante por la biblioteca del doctor, por el invernadero, por la sala de billar donde se fumaba, aburrido de conversaciones graves y áridas que le parecían desentonadas en aquel recinto engalanado y en aquella breve hora de placer, — no faltó quien le preguntó al paso, sin mirarle, á cuánto estaba aquel día la Bolsa, — se acercó á la puerta del gran salón, tapiada por un muro compacto de trajes negros, una oleada de cabezas echadas todas por igual hacia adelante y mirando.

Era una vasta pieza ricamente alhajada con el gusto artístico que distinguía al dueño y á la dueña de la casa. Algunos cuadros antiguos sobre el fondo claro de la tapicería. Una chimenea monumental, adornada con un precioso grupo en mármol, *las Estaciones*, de Sebastián Ruys, á cuyo alrededor, doblándose hacia el espejo como hacia la limpidez de un claro estanque, ramificábanse largos troncos verdes, calados como de encaje, ó con la rigidez del bronce verdeado al fuego. En los divanes, las damas, agrupadas, apiñadas, llegando casi á confundir los colores vaporosos de sus trajes, formando una inmensa canastilla de flores vivientes por cima de la cual flotaban la irradiación de los hombros desnudos, de las cabelleras tachonadas de diamantes, gotas de agua en las morenas, reflejos centelleantes en las rubias, y el mismo perfume enmolecido, el mismo susurro indistinto y suave, hecho de calor vibrante y de alas escurridizas, que acaricia en verano la eflorescencia entera de un jardín. De cuando en cuando, hendía aquella atmósfera de luz el timbrado pío de unos labios que se reían discretamente, ó acaso algún resuello más pronunciado que hacía vibrar rizos y garzotas, y destacaba súbitamente un delicioso perfil. Tal era el aspecto del salón.

Veíanse asimismo unos pocos caballeros, personajes todos de cuantía, cargados de años y de cruces, que departían

junto á un diván, apoyados en el respaldo de los sillones con ese aire de condescendencia que se usa para hablar á la gente menuda. Mas por entre el apacible susurro de esas conversaciones surgía una voz alborotadora y robusta, la del Nabab, quien evolucionaba tranquilamente al través de aquel mundano invernadero con el aplomo que le daban su inmensa fortuna y cierto menosprecio por la mujer, que había traído de Oriente.

En aquel instante, arrellanado en una butaca, y entrecruzando la una con la otra sin cumplidos sus gruesas manos que calzaban guante amarillo, departía con una bellísima mujer, cuya singular fisonomía—vida vigorosa impresa en unas facciones severas—destacaba por su palidez en aquel ramillete de caritas llenas de afeites que la circundaban, como su traje, completamente blanco, clásico en el plegado y que modelaba su talle flexible, contrastaba con el vestuario de sus contertulias, más aparatoso, pero sin aquella atrevida sencillez que á ella tanto la ennoblecía. De Géry admiraba desde su escondrijo aquella frente estrecha y lisa que orlaba una tira aplastada de cabellos, aquellos ojos rasgados de intensa mirada azul, azul de abismo, aquella boca que no dejaba de sonreír más que para rebajar su curva purísima con expresión de lasitud y de fastidio. En suma, el aspecto un tanto altanero de un sér excepcional. Uno de los vecinos de él pronunció su nombre... Felicia Ruys... De Géry comprendió al punto el extraordinario atractivo de aquella joven, heredera del genio de su padre, cuya naciente celebridad había llegado hasta el fondo de su provincia, circundada de la aureola de su superior belleza. Mientras la estaba contemplando, y admirando sus más insignificantes movimientos, algo intrigado por el enigma de aquel hermoso semblante, oyó que alguien murmuraba cerca de él:

—Pues no está poco amable con el Nabab... Si en estas llega el duque...

—¿Vendrá también el duque de Mora?

—Ya lo creo. Para él se hace la fiesta: para ponerle en contacto con Jansoulet.

—¿Y creéis que el duque y la señorita Ruys...

—¿Esas tenemos?... Si son unas relaciones que nadie ignora en París... Datan ya de la última exposición para la cual hizo su busto.

—¿Y la duquesa?...

—¡Bah! ya está curada de sustos... ¡Ah! ahí está la señora de Jenkins que va á cantar.

Hubo en el salón un movimiento general, un reflujo más pronunciado de la masa masculina en dirección de la puerta, y las conversaciones pararon por un instante. Pablo de Géry respiró. Lo que acababa de oír le había impresionado dolorosamente. Sentíase herido, mancillado por aquel lodo arrojado á manos llenas al ideal que se formara de aquella juventud espléndida que el sol del arte había sazonado con tan penetrante hechizo. Apartóse de los murmuradores, cambió de sitio. Temía oír alguna nueva infamia. La voz de la señora Jenkins le hizo un gran bien, una voz famosa en los salones de París, y que á pesar de su brillantez no tenía nada de teatral, antes parecía una recitación conmovida vibrando con no aprendidas sonoridades. La cantatriz, mujer de cuarenta á cuarenta y cinco años, tenía una magnífica cabellera cenicienta, facciones distinguidas aunque algo fofas, con marcada expresión de bondad. Hermosa todavía, mostrábase ataviada con el gusto costoso de una mujer que aún no ha renunciado á agradar. Con efecto, no había renunciado á ello: casada en segundas nupcias con el doctor haría cosa de unos diez años, parecía como que no hubiesen franqueado aún los lindes primerizos de su luna de miel. Mientras ella cantaba una canción popular rusa, salvaje y dulce al par como una sonrisa eslava, Jenkins no disimulaba, antes por el contrario, hacía alarde de su candoroso envanecimiento: su rostro respiraba satisfacción, y ella, por su parte, cada vez que bajaba la cabeza para tomar aliento, dirigía hacia él una sonrisa temerosa, enamorada, que iba á buscarle por encima del abierto papel. Luego, cuando en medio de un murmullo de admiración y de placer lanzó su última nota, encantaba el ver de qué modo tan discreto estrechó furtivamente la mano de su marido como para labrarse un nido de amor íntimo en la inmensidad de su triunfo. El joven de Géry sentíase confortado á la vista de aquella feliz pareja, cuando oyó una voz murmurar junto á él,—y no era la misma que había hablado un momento antes:

—¿Sabéis lo que se cuenta de los Jenkins?... que no están casados.

—¡Qué disparate!

—Pues no lo dudéis... Parece que hay, no se sabe dónde, una señora de Jenkins auténtica, distinta de la que nosotros conocemos... Por lo demás, ¿habéis reparado...

El diálogo prosiguió en voz baja; la señora de Jenkins se acercaba saludando, sonriendo, mientras el doctor, deteniendo al paso una bandeja, le traía una copa de Burdeos con la oficiosidad de una madre, de un empresario, de un enamorado. ¡Calumnia, calumnia, mancha indeleble! Ya entonces las atenciones de Jenkins le parecían exageradas al provinciano. Notaba que había algo de afectado, de deliberado en todo ello, así como en las gracias que ella daba en voz baja á su marido parecíale vislumbrar cierto temor, cierta su misión ajena á la dignidad de la esposa legítima, satisfecha y orgullosa de su asegurada ventura... «Pero esto es horrible» decía Pablo para sí, aterrado, sintiendo helársele las manos. Todas aquellas sonrisas de que se veía rodeado le hacían el efecto de muecas. Sentía vergüenza y asco. Luego, rehaciéndose de golpe: «Vamos, esto es imposible.» Y como si se hubiese propuesto replicar á esta exclamación, la maledicencia, detrás de él, repuso en tono indiferente:

—Después de todo, estad seguro de que yo no respondo de la noticia. Repito lo que he oído decir... ¡Toma! la baronesa Hemerlingue... Ese Jenkins va á concentrar aquí á todo París.

La baronesa avanzaba del brazo del doctor, quien se había precipitado á su encuentro, y por más que muy dueño de los resortes de su cara, parecía un poco turbado y contrariado. El bueno de Jenkins había concebido el proyecto de aprovechar su velada para poner en paz á su amigo Hemerlingue y á su amigo Jansoulet, sus dos clientes más ricos y que con su guerra intestina le ponían en graves aprietos. El Nabab no deseaba otra cosa. No guardaba resentimiento alguno contra su antiguo compinche. Sus querellas habían comenzado á poco del casamiento de Hemerlingue con una de las favoritas del difunto Bey. «Cuestión de faldas, y nada más», decía Jansoulet, y que él hubiera querido ver solventada de una vez, porque á su naturaleza exuberante le pesaba todo lo que fuese antipatía. Pero el barón, por lo visto, no se sentía inclinado á la reconciliación, por cuanto, á pesar de haber dado palabra á Jenkins, la baronesa comparecía sola, con harto disgusto del irlandés.

Era una mujer alta, delgada, quebradiza, cejas de pluma de ave, aspecto juvenil y tímido, treinta años con apariencias de veinte, prendida de espigas y tallos de yerba que colgaban por sus cabellos de un negro subido acribillados de diamantes. Sus luengas pestañas que hacían resaltar la blancura de su tez, esa límpida blancura de que el claustro tiñe las mejillas de las que moran mucho tiempo en él, cierta falta de soltura en el vestir la hacían parecer, más que una odalisca escapada del serrallo, una monja que hubiese renunciado á sus votos y vuelto al mundo. Completaban el parecido ciertos ribetes de beatería, de compunción en su porte, cierto modo eclesiástico de andar con los ojos bajos, el codo pegado á la cintura y las manos cruzadas, manera que había aprendido en el círculo fervoroso en que vivía desde su conversión y reciente bautismo. Figuraos el ahínco con que la curiosidad mundana se echaría sobre esa antigua odalisca convertida en ferviente cristiana, que entraba escoltada por una figura lívida de sacristán con anteojos, por maese Le Merquier, diputado por Lyon, agente de negocios de Hemerlingue, á cuyo cargo corría el acompañar á la baronesa siempre que, conforme sucedía aquella noche, «el barón estaba algo indispuerto.»

Al penetrar en el segundo salón, el Nabab se dirigió á su encuentro figurándose que detrás de ella asomaría la gordiflona figura de su antiguo camarada á quien estaba convenido que iría á tender la mano. La baronesa, al verle, palideció todavía más. Un rayo de acero filtró al través de sus largas pestañas. Las ventanas de su nariz se dilataron estremecidas, y como Jansoulet se inclinase, ella apretó el paso irguiendo la cabeza con altivez, y dejando caer de sus tenues labios una palabra árabe que nadie pudo entender, aunque sí el pobre Nabab, á juzgar por el color de tierra cocida al salir del horno que tenía, cuando levantó la cabeza, su curtido rostro. Un momento permaneció inmóvil, con sus gruesos puños crispados, los labios entumecidos de rabia. Jenkins se le acercó, y de Géry, que había seguido desde lejos toda la escena, observó que conversaban con calor y aspecto preocupado.

El golpe había dado en falso. La reconciliación, tan sabiamente preparada, no se verificaría. Hemerlingue no la quería. No faltaba ya sino que el duque dejase también de cumplir su palabra. Y es que se iba haciendo tarde. La Wauters, que, al

salir de su teatro, había de cantar el aria de la Noche, de la *Flauta mágica*, acababa de entrar encucuruchada en sus capuchones de blondas.

Pero el ministro no parecía.

Y eso que era un asunto convenido, concluído. Monpavon había de ir á buscarle al casino. De vez en cuando Jenkins sacaba el reloj echando de paso un bravo distraído al ramillete de notas perlinas que la Wauters vertía de sus labios de hada, un ramillete de tres mil francos, inútil, como todos los demás gastos de la fiesta, si el duque no venía.

De pronto la puerta se abrió de par en par:

— Su Excelencia el señor duque de Mora.

Un movimiento general acogió este anuncio, una curiosidad respetuosa, formada en dos filas, en vez de la priesa brutal que se había arrojado al paso del Nabab.

Nadie sabía presentarse como él en público, atravesar un salón con gravedad, subir sonriendo á la tribuna, tratar con seriedad las cosas más fútiles, fútilmente las más serias: distinción paradójica, tal era la síntesis de su papel en la vida. Hermoso todavía á pesar de sus cincuenta y seis años, con una hermosura compuesta de elegancia y de armonía en que la gracia del pollo se vigorizaba por un no sé qué de militar en la apostura y en la entereza del semblante, vestía maravillosamente el traje de etiqueta, en el cual, en obsequio á Jenkins, había puesto algunas de sus placas que no usaba sino en las fiestas oficiales. El reflejo de la camisa, de la corbata blanca, la plata mate de sus condecoraciones, la finura de sus cabellos escasos y encanecidos contribuían á la palidez de su rostro, más exangüe de cuanto hubiese de exangüe aquella noche en los salones del irlandés.

¡Llevaba una vida tan agitada! La política, el juego en todas sus fases, desde la Bolsa al Baccarat, y esa reputación de conquistador que era preciso mantener á toda costa. ¡Oh! él sí que era buen cliente para Jenkins: y aquella visita triunfal la debía del todo al inventor de esas misteriosas perlas que daban á su mirada tanto fuego, á su sér todo aquel brío tan vibrante y tan extraordinario.

— Mi querido duque, permitidme que os...

Monpavon, solemne, estirado, buscaba coyuntura para hacer la anhelada presentación: pero la Excelencia, distraída,